

Don Miguel de Unamuno en mi recuerdo. Docencia y escuela

Mercedes de UNAMUNO ADARRAGA
Universidad Complutense de Madrid

[Conmemorado el 98 literario con más pena que gloria, ahora que se apagan los ecos, deseamos recuperar la voz de quien con discreción y enorme talento humano y profesional trabaja en la Facultad de Educación como Catedrática de Biología, Mercedes de Unamuno Adarraga, nieta de don Miguel.

Con el privilegio de tratar, además, con una colaboradora de esta publicación, hemos elaborado un cuestionario para que ella respondiera con libertad, de modo que su generosidad nos aporte información sugerente y hasta inédita sobre una figura tan relevante que ejerció de padre, profesor, intelectual de altísima categoría y de abuelo.]

1ª. Su decidida vocación de profesora, ¿tiene que ver con la dedicación de su abuelo?

Por supuesto que no. Admiro mucho a mi abuelo (y también le quiero) pero no pienso que tenga que comportarme de una manera especial por ser su nieta. Mi abuelo es quien es, independientemente de lo que hagamos sus descendientes.

Por otra parte el concepto de vocación no me parece excesivamente preciso. Entré en la enseñanza por circunstancias coyunturales de la vida, aunque, a posteriori, me haya apasionado (y me siga apasionando, a pesar de la situación actual) mi tarea.

2ª. ¿Había otros docentes en la familia? ¿Qué recuerda del notable antropólogo don Telesforo de Aranzadi, catedrático en Barcelona, primo de su abuelo?

Sí, ha habido otros docentes. Un hijo de Unamuno, Pepe, además de médico, fue catedrático de Matemáticas y una persona extraordinaria. Durante la guerra civil fue también profesor de Táctica y Estrategia Militar en nuestra Academia Militar, como oficial improvisado del Ejército de la República. Parece ser que no había grandes especialistas en el tema, así que él, con su gran capacidad y los pocos libros que allí encontró, se convirtió en experto. Por supuesto que acabada la guerra abandonó esta especialidad.

Otra nieta, hija de Pablo, es catedrática de Francés de Instituto. Y un bisnieto —hijo mío— lo es de Lengua y Literatura.

A Telesforo de Aranzadi no le conocí. Conocí a un hermano suyo, Claudio de Aranzadi que vivía en Bilbao (Telesforo vivía en Barcelona) y mi padre le visitaba siempre que iba a Bilbao.

3ª. ¿A qué escuela de primeras letras asistió en Bilbao don Miguel? ¿Qué opinó después de sus maestros, sus métodos, la dotación de los centros?

De su Colegio y de su «maestro de primeras letras» habla Unamuno largamente en *Recuerdos de niñez y mocedad*. No habla de métodos ni de dotaciones, por supuesto, pero sí habla de toda esa época con enorme nostalgia y cierra el recuerdo dedicado a su maestro con un «¡Bendita sea su memoria!».

4ª. Estudió el Bachillerato en Bilbao. ¿Le impactó la enseñanza de algún profesor en especial?

También de su Bachillerato habla en *Recuerdos de niñez y mocedad*. Estudió en el Instituto de Bilbao, que se encontraba entonces en la calle del Correo.

Del final de su primer curso dice: «Aprendí algo de latín, los ríos de la China, las montañas del Turquestán, los principales afluentes del Danubio y hasta el número de habitantes que veinte años antes habían tenido las principales ciudades del Globo».

Y dedica entrañables recuerdos al resto de su Bachillerato. Del Álgebra dice: «Qué gozo desarrollar largos binomios y trinomios. Cuando el encerado estaba atiborrado de signos de ecuaciones, el corazón se me alegraba...».

Y de sus lecturas de esa época: «¡Qué efecto, Dios mío, cuando allá en el cuarto de mi Bachillerato leí a Balmes y Donoso, únicos escritores de Filosofía que encontré en la biblioteca de mi padre! Por Balmes me enteré de había un Kant, un Descartes, un Hegel...».

De su profesor de Historia Natural sí menciona su forma de enseñanza: «Fue, sin duda, la Historia Natural la asignatura que con más afición y provecho estudié durante mi bachillerato, y a ello debió de contribuir no poco el sistema pedagógico de don Fernando, su tiroteo de preguntas que nos obligaba a tener alerta la atención y en tensión la mente y aquella su riqueza del espíritu dejando de lado la letra».

A la pregunta que él mismo se hace «¿qué fruto saqué de esos años de mi bachillerato?», responde: «Junto a algunas desilusiones, aprendí que había un mundo nuevo apenas vislumbrado por mí; que tras de aquellas áridas enseñanzas, despojadas de ciencia, había la ciencia viva que las produjera... Salí enamorado del saber».

5ª. ¿Por qué realizó sus estudios universitarios en Madrid, cuando Valladolid era distrito tradicional de vascos, santanderinos, etc.?

No sé si hubo alguna razón en especial. Es posible que cuando los especialistas estudien la etapa bilbaína de Unamuno, poco y mal estudiada, surjan sorpresas (sorpresas que siempre son gratas porque deshacen los tópicos interesados). Quizás entonces se pueda responder a esa pregunta. En todo caso los maestros madrileños (no sólo los universitarios sino también los ateneístas) fueron decisivos en su formación. No sabemos, lógicamente, qué habría encontrado en Valladolid, cuya atmósfera intelectual, fuertemente unida a la Iglesia, era muy distinta a la de Madrid, donde el viejo krausismo y las corrientes tradicionalistas convivían con las corrientes filosóficas y científicas más avanzadas de la época.

En cualquier caso que un joven bilbaíno —el Bilbao industrial desarrollado, muy influido por la Gran Bretaña y también por los aires liberales franceses—, prefiriera Madrid a Valladolid parece lo más lógico.

**6ª. ¿Qué debió a Menéndez Pelayo, Ortí y Lara y Sánchez Moguel?
¿Fueron sus profesores más recordados? ¿Y qué hay de su amistad y colaboración permanente con Menéndez Pidal?**

A Menéndez Pelayo le debió mucho y se lo recuerda en diversos lugares. El epistolario entre Unamuno y Menéndez Pelayo es amplio. Este reconocimiento no quiere decir que Unamuno no fuera crítico (más bien distante) con la orientación

tradicionalista de su maestro. Una de las grandes aportaciones de Menéndez Pelayo fue su exhaustivo estudio sobre los heterodoxos, que tan útil fue para la generación siguiente, sobre todo porque redescubre a un sinnúmero de heterodoxos, de los que Unamuno aprendió mucho. Él que será un maestro heterodoxo de heterodoxos habría querido tener, con total probabilidad, un capítulo no sólo en la *Historia de los heterodoxos* de Menéndez Pelayo sino en cualquier otra historia de la heterodoxia, e incluso de la herejía.

Menéndez Pelayo fue el presidente del tribunal de sus oposiciones a la cátedra de Griego de 1891.

Con Ortiz y Lara es distinto. Él fue profesor suyo y miembro del tribunal de las oposiciones a la cátedra de Metafísica, (cátedra a la que, como es sabido, Unamuno se presentó dos veces). Ortiz y Lara tenía una formación tradicional y Unamuno defendió una orientación positivista con lo que el fracaso estaba garantizado de antemano. Ortiz y Lara no podía apoyar a un joven que no sólo le salía respaldón, sino que suponía un peligro para el futuro.

7ª. ¿Tuvo contacto con la Institución Libre de Enseñanza cuando comenzó a estudiar Filosofía y letras en Madrid a los 16 años? ¿Compartía sus ideas renovadoras acerca de la educación?

Una relación directa con la Institución no parece que tuviera. Sí tuvo una relación muy estrecha con Giner, que fue profesor suyo. Además, pero eso ya después, tuvo relación con Costa, con el que trabajó.

Las ideas renovadoras que la Institución puso en práctica en educación sí debía de compartirlas puesto que él mismo las practicaba: no hacía «exámenes». Claro está que estas ideas innovadoras eran posibles con una élite intelectualizada de la burguesía, y probablemente un fracaso estrepitoso si se generalizaban.

8ª. ¿Tenía facilidad para las lenguas? ¿Conocía y hablaba eusquera?

Es sabido que la tenía. Conocía el vascuence, que no sólo hablaba sino también lo escribía. En sus *Obras Completas* (que son incompletísimas) hay un escrito «Agur, arbola bedeinkatube», dedicado al árbol de Guernica, que se publicó en 1888 en la revista *Euskal-Erría*.

En cuanto a otras lenguas, basta acudir a sus obras para tener la respuesta. Él mismo cuenta cómo aprendió danés para traducir el drama ibseniano y cómo se felicitó después de ello, puesto que así pudo leer a Kierkegaard. Y sus citas conti-

nuas de sus amados escritores alemanes o italianos, franceses, portugueses, ingleses..., a los que muchos tradujo. Por ejemplo, a Antero de Quental, a Carducci, a Leopardi, a Walt Whitman, a Maragall, del catalán, etc.

9ª. ¿Por qué su cariño y defensa acérrima del castellano? ¿Le impresionó la oleada de inmigrantes que llegó al País Vasco y contribuyó a su industrialización?

Defiende el castellano porque piensa que los vascos tienen por lengua el castellano, es decir, que la lengua de los vascos es el castellano. Él era vasco, como dice en más de una ocasión, por los sesenta y cuatro costados.

El vascuence, dividido en varios dialectos, antes de que se formara esa síntesis semiartificial llamada *batúa*, es una lengua sin tradición escrita. (La primera obra en vasco es *Los Evangelios* traducida al vascuence por el hugonote francés Juan Lizarraga en el siglo XVI). La mayoría de los vascos no conoce el vascuence e intentar verter la lógica de Hegel a la lengua euskara (el ejemplo es de Unamuno) sería ejercer una violencia sin par en la lengua: crear vocablos, confeccionar frases ajenas al habla coloquial, etc. Por otra parte, todo vasco culto puede leer a Hegel en castellano.

Por tanto, el espíritu vasco, esa intrahistoria cultural tan específica y distinta de la de otros pueblos españoles, ese panteísmo soterrado nada latino, esa adoración casi mística a la naturaleza, tan presente en Unamuno (véase el libro *El Unamuno contemplativo*, de Blanco Aguinaga), todo eso debe verterse en castellano.

Los vascos tienen y han tenido que educar a los pueblos hispanos trasladando su mitología religiosa (tan distanciada de la mitología nacionalista, tan reciente, por otra parte) a la cultura castellana y haciéndolo en castellano.

Respecto a la segunda parte de la pregunta habría que decir que sí le impresionó como a tantos otros jóvenes bilbaínos, porque suponía una gran transformación no sólo socioeconómica sino la introducción de corrientes económicas y filosóficas que fueron decisivas en su formación.

10ª. Por tierras de España y Portugal comienza un recorrido por los pueblos sureños de Ávila. ¿Por qué le atraía tanto Gredos a cuya sierra dedica versos épicos?

Siempre tuvo una enorme atracción por la naturaleza, por el campo. Desde niño —lo cuenta también en sus recuerdos— fueron para él un placer los veranos que pasaba con su abuela en Deusto, que entonces era un pueblo, fuera de Bilbao:

«¡Dulces veraneos en aquella casita de Deusto, que me abrieron el alma al sentimiento del campo!».

La montaña siempre le apasionó. A la sierra de Gredos dedicó versos épicos y también líricos, pues al estar tan cerca de Salamanca la conocía muy bien. Es conocida la anécdota en que, estando en París con Blasco Ibáñez, al decirle éste, contemplando los Campos Elíseos: «¿Ha visto Vd., D. Miguel, un espectáculo más hermoso?». Él contestó: «Sí, Gredos».

Pero no sólo Gredos. Basta leer además de *Por tierras de Portugal y España*, *Andanzas y visiones españolas* o *De mi país*, dedicado al País Vasco, o las páginas dedicadas a Fuerteventura, o tantas otras.

11ª. Sabemos que veraneó muchos años en Becedas (Ávila). ¿Por qué le gustaba este pueblo? ¿Quién le acompañaba? ¿Tuvo contacto con los maestros?

No sé las razones de elegir Becedas. Pero supongo que una fundamental sería la proximidad a Salamanca, lo mismo que en el caso de algunos pueblos portugueses —Figueira de Foz, Espinho— donde también veraneó, siempre acompañado de su mujer y sus hijos.

No tengo ni idea con quién hablaría en Becedas, pero supongo que con toda la gente del pueblo que pudiera. No creo que tuviera un trato especial con los maestros, por el hecho de ser maestro.

En Hendaya, por ejemplo, entre otras personas tuvo mucha relación con el carnicero, con el que jugaba al mus. Por cierto que aquella carnicería existe todavía en Hendaya y el carnicero actual es hijo de aquel, que entonces era muy joven.

12ª. Don Miguel figura entre nuestros poetas de primera categoría. ¿Por qué esos versos tremendos al Cristo yacente de las Claras? ¿Qué se le había perdido en la bella ciudad de Palencia?

El Cristo de las Claras es el Cristo histórico —él lo dice—, el Cristo del pueblo, en el que cree el pueblo, que ha sido educado en el tremendismo católico, predicado no sólo con palabras sino también con imágenes. De todas maneras, y para responderse a sí mismo, escribió después *El Cristo de Velázquez*.

En cuanto a lo que se le había perdido en Palencia, su primera visita —supongo— sería la de 1913, fecha de la poesía a *El Cristo de las Claras*. Pero, a partir de 1921, sus visitas a Palencia fueron frecuentes y prolongadas. La razón es que

vivía allí su hijo mayor —mi padre— que llegó allí como arquitecto y allí se quedó hasta su jubilación.

Palencia le gustaba pues al ser una ciudad pequeña era muy fácil el contacto con el campo, que él tanto amaba y tuvo un amor especial por el campo y el paisaje palentino.

En «Montaña, desierto, mar», incluido en el libro *De Fuerteventura a París* y fechado en París, escribe: «En Palencia, en mi querida Palencia subía al Cristo del Otero a bañar mis ojos en el reposo del páramo palentino, oía el rumor de la voz secular, eterna más bien, de su hijo Jorge Manrique, me susurra... El páramo le descubría la mar. El páramo es como la mar».

Y en el poema n.º 48 del *Cancionero*, escrito en Hendaya (19-III-1928):

«Nuestras vidas son los ríos,
¡ay, Carrión! ¡Ay, Bidasoa!
¡Páramos de mi Palencia!
¡Montañas de mi Vasconia!».

13ª. Sus relaciones con Hispanoamérica fueron intensas, aunque inicialmente estuvo displicente ante la innovación de Rubén Darío, pero lúcido y positivo frente a los que pronosticaban (Rufino José Cuervo...) la fragmentación del idioma. ¿Qué pensaría hoy de su futuro y su unidad?

Es imposible contestar a lo que pensaría hoy sobre eso o sobre cualquier cosa. Pero el hecho de que no sintiera las mínimas simpatías hacia el modernismo no supone ningún rechazo hacia Hispanoamérica, todo lo contrario. Su interés y su relación con los escritores de la América de habla española fue grande y constante durante toda su vida.

Cuando se le preguntaba sobre el mejor escritor en lengua castellana del XIX él respondía: Sarmiento. Sarmiento representaba para él el espíritu del pueblo profundo argentino, lo contrario de la galofilia exacerbada de algunos intelectuales hispanoamericanos.

Su interés por Hispanoamérica se inició muy pronto, él lo cuenta, en la biblioteca de su padre, donde encontró libros sobre Méjico (su padre era un indiano, había emigrado de joven a Méjico).

Y, a pesar de su discrepancia con el modernismo de Rubén, el poema «Tú, la viajera de siempre», dedicada a la tristeza, se la dedicó al poeta nicaragüense en carta autógrafa de abril de ese año. Con anterioridad, en marzo, Rubén Darío había publicado en *La Nación* un artículo, «Unamuno poeta» que mi abuelo incluyó como prólogo a su libro de poesías *Teresa*.

- 14ª. Sobre la evolución imparable del idioma, del que empleaba voces recogidas del habla popular, pero no registradas en la Academia, afirmaba: «¡Ya las pondrán! Que el modo de que se registre algo es que este algo comience por existir». ¿Admira su apertura a la vitalidad del idioma y su fuente popular?**

Su interés por el habla popular era grande y en su peregrinaje por las tierras de España (y muy particularmente por las de Salamanca) recoge ese habla y los localismos que tantas veces comentó. Por supuesto que admiro sus ideas, «es menester que los libros hablen como los hombres y no los hombres como los libros», y su apertura a la vitalidad del idioma, así como su opinión de que a la hora de construir neologismos es preferible sacarlos del habla popular (o inventarlos) que tomarlos prestados de otras lenguas (entonces sobre todo del francés; en la actualidad y, en general, de una forma torpe, del inglés).

- 15ª. Don Miguel allá donde iba levantaba expectativas enormes y las tertulias devenían monólogos suyos siempre brillantes. Algunos le achacaban «cierta imagen publicitaria de sí mismo o imagen para la galería». ¿Le parece que fue sincero, auténtico, pese a sus paradojas?**

La paradoja nada tiene que ver con la sinceridad o insinceridad. Creo que era absolutamente auténtico. Pero era complejo y dentro de él existían opciones a veces irreconciliables. No era un hombre de una sola pieza.

- 16ª. Sabemos que su abuelo fue un lector formidable y en varios idiomas. ¿Compartía en casa sus libros y aconsejaba en la lectura de sus hijos y nietos?**

Sé, por mi padre, que mi abuelo, que fue un padre al que sus hijos veneraban, no les marcaba orientaciones. A veces, eso sí, les daba clase, de Matemáticas, por ejemplo.

Quizás la explicación podamos encontrarla en un artículo publicado en 1905 en *El Herald*, de Madrid:

«Cuando tenía yo doce años hacían mis delicias las obras de Julio Verne. Y así su *Isla Misteriosa* se me aparecía como la flor más acabada del ingenio humano. No hace aún cuatro años intenté volver a leerlas; pero a las primeras páginas se me cayó el libro de las manos. No quise estropear mis

recuerdos. Mas no por eso se lo quito de las manos a mi hijo mayor que se traga ahora con grandísima voracidad de espíritu las obras de Julio Verne».

Su hijo mayor, mi padre, tenía entonces en 1905, trece años.

17ª. Don Miguel es un infatigable escritor de cartas. ¿Conservan sus hijos y nietos muchas inéditas?

Las cartas a sus hijos son cartas familiares, preocupándose siempre por los problemas de cada uno.

18ª. Sabemos que tenía talento plástico y construía pajaritas de papel y que jugaba al ajedrez. ¿También con sus hijos y sus nietos?

Siempre tuvo facilidad, y afición, por el dibujo: «En el Instituto fui famoso por las caricaturas que de los catedráticos hacía, todas ellas de perfil, claro está, y todas mirando a la izquierda».

Es muy conocido el autorretrato —también de perfil y mirando a la izquierda— con que ilustra el artículo «Autorretrato» dirigido a Francisco Villaespesa que le pide un retrato (*Revista Ibérica*, 30-IX-1932). También son conocidos los preciosos dibujos que le hizo a mi abuela.

Lo que no es tan conocido (contado por mi padre) es que, en una visita a Picasso en París, mi abuelo le hizo un retrato que Picasso clavó en la pared. No sé qué sería después de él.

Al ajedrez fue también muy aficionado y sí jugaba con sus hijos, algunos de ellos (mi padre, mi tío Pepe) muy buenos jugadores también. Con sus nietos no tuvo mucha ocasión. Aparte de que en sus últimos años había abandonado esa afición, su nieto mayor, Miguel Quiroga Unamuno, tenía 6 años cuando él murió.

19ª. Como profesor, don Miguel apenas sus alumnos conocían el alfabeto griego, confesaba: «Empiezo a traducir griego desde el cuarto o quinto día de clase y no deja de traducirse hasta el último día». ¿Qué le parece esta atención preferente e inmediata al texto, innovación que dicen actual?

Pues que no tiene nada de actual, si a finales de siglo Unamuno la practicaba. Por otra parte, me parece muy nefasta esa idea de las innovaciones didácticas (no

hay más que ver algunas de las actuales). En general casi todo está inventado. No es lo importante que sea nuevo, sino que sea bueno.

**20ª. Coméntenos la siguiente apreciación educativa de su abuelo:
«No quiero hacer helenistas, sino hombres cultos con sentido del
espíritu clásico helénico y gusto por la antigüedad»**

Creo que no precisa comentario. La misma idea, en el fondo, expresa, aplicada a la enseñanza primaria, cuando dice: «En la escuela no hay que hacer plateros ni siderúrgicos ni boticarios sino hombres» («Nuestros pedagogos», artículo publicado en *La Nación*, el 30-VII-1915).

**21ª. Respecto a los textos clásicos expresaba: «Basta leer —en clase— con
sentido, entono y cariño un texto clásico para que quien lo oiga se dé
clara cuenta de todo su contenido artístico». ¿Válido para nuestras
clases de hoy?**

Ojalá se hiciera en nuestras clases actuales.

**22ª. Le parecía a Unamuno una tristeza la clase elemental de lengua:
«Nos entierran entre gerundios, pluscuamperfectos...». Así sostuvo en
1892, en un congreso pedagógico, la urgencia de suprimir de las
escuelas primarias el estudio de la gramática para estudiar la lengua.
Adelantado, ¿no?**

En esto y en todo. Sólo voy a citar un ejemplo. *Niebla* es anterior a *Seis personajes en busca de autor*.

**23ª. ¿Qué pensaría de la Enseñanza Obligatoria actual él que profesó
humanidades?**

Una vez más lo que él pensaría es pura ciencia ficción. Lo que él defendió fue una enseñanza completa, es decir, lo más opuesto a la superespecialización actual y al total divorcio entre «Ciencias» y «Letras».

En el mismo artículo antes citado de “Nuestros pedagogos” dice:

«El niño de la escuela tiene derecho a que se le den nociones fundamentales de matemáticas, de física, de química, de historia natural, de historia, de literatura, etc. La cuestión estriba en que sean fundamentales. Hay, en efecto, un prejuicio muy extendido de que lo fundamental se opone a lo elemental, y es todo lo contrario... Si se trata de química, v. gr., lo que se debe saber es lo fundamental de ella, lo que se puede afirmar respecto a la constitución íntima de la materia».

Creo que esto bastaría para deshacer el tópico de que a Unamuno no le interesaba, o incluso despreciaba, la Ciencia. Pero voy a añadir más. Entre los libros que se encuentran en la Casa-Museo de Salamanca —su biblioteca— están, por ejemplo, *Les théories modernes de la chimie et leurs applications a la mécanique chimique*, de Lotario Meyer (2 volúmenes de 500 páginas), de 1887, con numerosas notas de Unamuno; *Manual de química moderna*, de Eduardo Vitoria (1929), adquirido en 1932; *La synthèse chimique*, de Berthelot (1891); *Compendio de química orgánica*, de Rodríguez Carracido, que ocupó la primera cátedra de Bioquímica (1888) en España, y con quien mi abuelo tuvo una correspondencia epistolar.

Su interés por las matemáticas creo que es más conocido. Mi padre contaba una anécdota que estando en una tertulia mi abuelo con Pío Baroja, éste —se supone que con sano afán provocador— empezó a decir que el binomio de Newton tenía más importancia que la Victoria de Samotracia, a lo que mi abuelo respondió pidiéndole que desarrollara $(a + b)^n$. Baroja no lo hizo, pero mi abuelo sí.

De Biología hablaba y discutía frecuentemente con el P. Arintero, de San Esteban de Salamanca, que era profesor de Ciencias Naturales en la Pontificia.

La conferencia que pronunció sobre Darwin en la Universidad de Valencia y que se publicó en *Tribuna Médica*, de Valencia, está en sus *Obras Completas*.

Y en todos sus escritos hay referencias e incluso metáforas que demuestran sus conocimientos científicos. En *Amor y Pedagogía*, por ejemplo, habla de la ley biogenética fundamental de Haeckel no sólo con conocimiento sino con un gran sentido del humor. Porque, por cierto, otro de los tópicos repetidos tantas veces es que Unamuno no tenía sentido del humor. Repetido, por supuesto, por personas que no lo han leído.

24ª. Decía don Miguel poco antes de jubilarse que lo importante era «que la mocedad que educamos nosotros guarde de nuestra labor el recuerdo que yo guardo de los maestros que hace 50 años me enseñaron a estudiar, me despertaron curiosidades y aficiones». ¿Es también nuestra tarea hoy?

Eso pienso. Y hay quien lo intenta.

- 25ª. En *Amor y Pedagogía* alguien dice: «¿Y para qué quiero la ciencia si no me hace feliz?» ¿No es tal interrogante un anticipo de la hoy tan mencionada fusión de la inteligencia y las emociones para un desarrollo integral de todas las facetas del ser humano? ¿Y no es también la visión de la escuela como lugar gratificante en que la convivencia integradora favorece la socialización?**

Creo que esa lectura está fuera de su intención. En esa frase sólo se señalan los límites de las posibilidades de la ciencia. Por otra parte, sobre la tan traída y llevada «inteligencia emocional» no deja de ser una expresión para llamar la atención (está claro que conseguida) sobre algo que se conoce hace mucho tiempo. Me parece mejor hablar del «cerebro emocional», como en tantos libros que han proliferado ahora a la sombra del anterior.

Que el cerebro (el sistema límbico) tiene que ver con las emociones no es ninguna novedad. A mí me gusta más como lo expresaba un profesor mío, que hablaba de «contenido emocional de la experiencia». Y también me gusta más como lo cuenta Proust. Y también mi abuelo. En el capítulo «Pepachu» en *De mi vida* habla de una muchacha que estuvo en casa de sus padres:

«No recuerdo de ella más que el nombre... Al oírlo pronunciar al cabo de treinta años, al oír Pepachu se me revolvió todo el poso de las muertas memorias de mi hermosa niñez».

* * *

(Cuestionario: María Carmen GONZÁLEZ LANDA y Eduardo TEJERO ROBLEDÓ).